

La crueldad disciplinada. ("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 24 junio 1917). 5-71

que influido por la educación «norma-  
mana», había perdido la facultad de  
percibir lo inmediato. Los ensayos de  
imperialismo hechos en el siglo XIX  
y el siglo XX manifiestan a las claras  
que las fuerzas de concentración de  
la especie humana se han agotado y  
que la acción centrífuga ha empezado  
a actuar con vigor renovado. El por-  
venir seguramente no pertenece al im-  
perialismo sino a las federaciones vo-  
luntarias y, dentro de ellas, a los pe-  
queños gremios industriales de órbita  
y actividad restringidas, dueños de sus  
propios destinos y ligados a la políti-  
ca de los estados por tenues lazos de  
administración y de conveniencia.

B. SANJIN CANO.

## LA CRUELDAD DISCIPLINADA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1917.

En aquel famoso manifiesto de los noventa y tres intelectuales alemanes, obra que quedará como perenne documento de la pedantería, a la vez que de la servilidad de los sabios oficiales y oficiosos—ya Rousseau dijo que los sabios y los ricos, (es decir, los poderosos) se corrompen mutuamente—en aquel famoso manifiesto que selló la doctrina de la fe implícita en el estado divinizado, y esto en la patria de Lutero, el propugnador del libre examen, y anatematizador sumo de la fe implícita; en aquel famoso manifiesto que nos puso bien a las claras cómo la arrogante y presuntuosa doctoría científica germánica no siente a seguro su prestigio como no se apoye en los cañones; en aquel famoso manifiesto se decía que el ejército alemán no conoce ninguna crueldad indisciplinada: «sic Kennst Keine zuchtlose Gransamkeit». Y claro es, que al decir que no conoce ninguna crueldad indisciplinada se quiere decir—basta conocer un poco a esos sofistas pedantes de barbarie—que conoce la crueldad disciplinada. Es más aun: en cuanto algo se disciplina bajo los mandamientos del Dios-Estado es ya divino y pierde toda maldad. La crueldad disciplinada o reglamentada u organizada es ya un deber.

¿Quién no ha oído hablar del último de los libros sagrados o revelados que es «El uso de la guerra terrestre» (Kriegsbranch im Landkriege), apocalipsis de la ética guerrera, según el estado mayor alemán, Espíritu Santo de trinidad imperial? Ese Espíritu Santo o estado mayor es el que lo ha editado para que los jefes y oficiales del ejército a que guía, sepan lo que les es lícito, sepan cuál es la crueldad disciplinada y organizada, y por lo tanto, obligatoria.

Entre los teólogos de la Edad Media se discutió largamente si la ley moral proviene de la libre voluntad divina o de su divina inteligencia, si un pecado cualquiera; el mentir, el robar, el asesinar, etc., es malo porque así Dios lo ha querido o si lo ha querido así Dios porque ello en sí es malo. Se enseñaba, por ejemplo, que hay verdades necesarias, como los principios matemáticos, que no dependen de la libre voluntad de Dios, y había quienes querían elevar los mandamientos morales a la categoría de axiomas necesarios. La cuestión es, en el fondo, mucho más complicada de lo que podría parecer a cualquier ateo superficial que persista en estimar meras logomaquias todas aquellas disputas de la teología escolástica que hoy reaparecen bajo otras coberturas, y reaparecerán siempre. Era la lucha entre el necesarismo y el contingencialismo, que cuando son absolutos se identifican. Y así lo resolvían, declarando que en Dios la necesidad y la libertad son una sola y misma cosa, que es necesariamente libre y libremente necesario. Es malo el mentir porque Dios así lo quiere y Dios lo quiere así porque ello es malo. Tal era la doctrina. Mas ni aun así la discusión cesaba. Ni bajo otra forma cesa.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

En el fondo es la misma diferencia que en otro respecto se estableció entre la naturaleza y la historia, el mundo de la materia y el del espíritu, el de los hechos consumados y el de las intenciones. Es también la diferencia que Kant trazó entre la razón teórica y la práctica, sólo que en él la razón práctica era la de la historia, la del espíritu; la de la intención y la idealidad, la de la libertad y la otra, la razón teórica, era la de la necesidad. Y siguiendo esta línea cabe decir que la ciencia esclaviza y el arte libera.

El sagrado libro del estado mayor germánico, el Apocalipsis de la crueldad disciplinada, no reconoce la ley de guerra. «Si usamos en esta obra la expresión: «ley de guerra», ha de entenderse—dice—que no se quiere decir «ley escrita», introducida por acuerdos internacionales, sino meramente una reciprocidad de mutuo acuerdo, una limitación de conducta arbitraria que la costumbre y la convención, la benevolencia humana y un egoísmo-calculador han erigido, pero cuya observancia no está sancionada expresamente, sino que sólo por el «miedo a las represalias» se decide». Ya estamos en plena escolástica teológico-guerrera germánica. La doctrina es francamente arbitrarista. Es lícito para un soldado alemán en la guerra aquello que su Dios, el estado, por medio de su Espíritu Santo, que es el estado mayor del ejército, decide que sea lícito, y porque así lo decide. Esto es un «dogma», es decir, un «placet», un decreto, lo que así plugo al soberano. (Conviene advertir, porque hay quienes lo ignoran, que «dogma», en el sentido teológico, no deriva de la significación de «opinión, parecer, enseñanza», que es una de las dos que en griego tiene ese vocablo, sino de la otra de «devoto, decisión, mandato», que provenía de que los decretos imperiales se encabezaban con la fórmula de: «así nos parece...», como en latín por: «placet nobis»).

No hay, pues, otra ley para la guerra alemana que la emanada de la libérrima voluntad—¡bamos a decir, a la española, «de la santísima gana»—del supremo soberano, de la personificación del estado, de su Verbo. La Trinidad la componen el estado, que es el Padre; el kaiser, que es el Hijo, y el estado mayor del ejército, que es el Espíritu Santo. Y no hay ley alguna humana escrita. La ley humana no es más que un pedazo de papel—«a scrap of paper»—que dijo el pontífice, o sea el canciller. Y no puede obligar. A la Trinidad germánica no puede obligarle nada, porque no hay nada sobre ella. Ni nuestro Dios, el de los cristianos, que no es más que el representante del sacro imperio germánico en el cielo. La ley humana no pasa de ser una limitación de conducta arbitraria que se decide por el miedo a las represalias, y nada más. Y tal es la disciplina de la crueldad: el miedo a las represalias. Miedo que se debilita y se achica mucho cuando se pelea con pueblos civiles y de tradición cristiana, imbuidos en las ridículas doctrinas sentimentales del respeto a los inermes. El estado mayor del ejército alemán sabe que si los aliados penetrasen en el territorio de su imperio sentirían grandísima repugnancia a tratar a las poblaciones que allí habitan como él ha hecho que se trate a las de Bélgica. Sabe que, como dijo Joffre, ninguna autoridad militar francesa—y dígase lo mismo inglesa o italiana y hoy rusa—daría una orden como la que se dió de hundir al Lusitania, segura de poder ser desobedecida, porque estos pueblos civiles y cristianos ponen la conciencia moral del ciudadano por encima de cualquier necesidad militar. Verdad es que aquí el ciudadano tiene conciencia moral propia, individual, y no la ha substituído con la inmoral obediencia a lo que mande el dogma imperial.

Hay que leer ese horrendo Apocalipsis del estado mayor germánico. Hay que leer lo que en él se dice contra las consideraciones humanitarias, la sentimentalidad y el emocionalismo. Y después de bien imbuido en tales doctrinas de la crueldad disciplinada, se puede muy bien llorar lágrimas de cerveza oyendo un «lied» de Schumann.

En ese Apocalipsis se dice que «ciertas severidades, no sólo son meramente indispensables en la guerra, sino que la única humanidad verdadera consiste a menudo en la aplicación inexorable de esas severidades.» Es muy conocida doctrina germánica la de que el rigor en el exterminio guerrero atemorizando al enemigo, hace que éste ceda antes y que se acabe más pronto la guerra. Indudablemente, vale más matar 30.000 enemigos en un sólo día,



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

Incluyendo ancianos, mujeres y niños, que no tener que matar cien cada día durante todo un mes. Los médicos mismos dudan a las veces si rematar con morfina a un pobre enfermo desahuciado, y que se pasa los días en un continuo ¡ay! de dolor. Por humanitarismo, pues, asolaron Bélgica y por humanitarismo arrasan los territorios franceses que tienen que ir abandonando en el «genial» repliegue de las fuerzas de Hindenburg el Apóstol.

Y además, ¿no está bloqueada Alemania? ¿Y no es esto una crueldad? ¡Esto sí que es crueldad, esto! ¿Qué derecho tiene Inglaterra, la impía Inglaterra, la traidora a la santa causa de la raza germánica, para tener así en ayunas a los hijos del pueblo escogido? ¡Eso sí que es crueldad! Porque cualquiera ve la diferencia que hay entre deportar muchachas belgas y francesas, y fusilar a los que sirven a su patria en peligro, y por otra parte tener a media dieta a un pueblo pacífico que se ha visto obligado a ir a la guerra para defenderse de los que llevan más de cuarenta años preparándose para atacarle y le declararon la guerra cuando lo tenían ya todo dispuesto.

Según ese Evangelio del estado mayor del ejército alemán se puede obligar a trabajar en faenas militares a los habitantes pacíficos de un país invadido, se puede hacer rehenes, se puede matar, en caso de extrema necesidad —¿qué caso será éste?— a prisioneros. Según ese Evangelio de la crueldad disciplinada, de la crueldad dogmática, de la barbarie científicada, la presencia de las mujeres y de los niños en una ciudad bombardeada hace más eficaz el bombardeo.

Pero hay en ese Evangelio, que ha de quedar como perpetuo monumento de la locura colectiva de un pueblo digno de mejor suerte y de mejores gobernantes, un pasaje altamente significativo y es aquel en que se dice que no se le dará cuartel a la población de un país pequeño e indefenso que trata de defenderse contra una invasión, mientras no se haya «organizado» previamente, por repentina que haya sido la invasión. ¡Organizado previamente! Aquí está todo el tuétano de la doctrina. La virtud no organizada no es virtud, ni merece respeto; el crimen organizado deja de ser crimen.

¡Organización! ¡He aquí la palabra mágica! En la guerra regular, organizada, estratégica, científica—dado lo que entiende por ciencia esa gente—todo es lícito y no hay más criterio que la eficacia. Lo execrable, lo reprobable, es la guerra irregular, inorganizada o desorganizada. Y hay aquí, en esta España de los guerrilleros, de la brava resistencia armada, pero desorganizada, irregular, indisciplinada, contra la invasión napoleónica, quienes profesan simpatizar con esos evangelistas de la crueldad disciplinada!

Véase cómo termina el capítulo II de la primera parte del Libro Sagrado del Evangelio, del Apocalipsis que estamos examinando. Dice así: «La corrupción de los súbditos enemigos con objeto de alcanzar ventajas militares, la aceptación de ofertas de traición, la recepción de los desertores, la utilización de los elementos descontentos de la población, el apoyo de los pretendientes y análogos medios son permisibles y la ley internacional no se opone en ningún modo a los crímenes de terceros—asesinato, incendio, robos y otros—en perjuicio del enemigo. Considera, es de caballerosidad, generosidad y honor pueden denunciar en tales casos la explotación apresurada de tales ventajas como indecente y deshonorosa; pero la ley, que es menos sensible, lo permite.»

¿Qué ley? ¿Y qué quiere decir ahí lo de caballerosidad y generosidad y honor? ¿Qué significan estas palabras en ese Evangelio?

Y todo ello se deduce de que es bueno o malo lo que así decreta el Sumo Organizador, o sea el Dios-Estado. Y la conciencia individual se reduce a la obediencia a sus dogmas. Sin que nos hayamos de dejar embaucar por la falacia del anarquismo germánico, que es otra cara de la misma doctrina. Leed despacio «El único y su propiedad»—«Der Einzige und sein Eigentum»—del seudónimo Max Stirner, por verdadero nombre Gaspar Schmidt, y veréis que la doctrina es la misma. Porque ese único es el hombre empírico, anhistórico, el bipédo implume, el animal dotado de palabra, pero incivil e inhumano, ese único es el que sólo piensa en satisfacer en esta tierra sus instintos. No es el hombre inmortal, el que quiere ser inmortal, no es el ciudadano cristiano, no es el cristiano civil y civilizado.

Estimo, en efecto, un error creer que si el socialismo tiende al imperialismo y a la depresión de la libre personalidad individual, el anarquismo, por su parte, se opone a ellos. No, no es cuestión precisamente de socialismo ni de anarquismo, ni éstos son tan opuestos como a primera vista parecen. El individuo humano es un producto social y lo que hace al individuo social, lo que le vincula a la sociedad, es la conciencia moral. Y ésta tiene una ley que no le da ni el individuo mismo ni la comunidad de que forma parte. Es más aun la relación de una a otro. Y de esa ley ha brotado la concepción de Dios. Y Dios es algo histórico más que natural. No, la trivialidad anarquista, la de «ni Dios, ni dogma, ni amor» no es defensa ni remedio contra la tiranía imperialista. Es muy cómoda para gente malhumorada que se cree preferida o desconocida en su valor, es muy cómoda para envidiosos disfrutados de soberbios, pero es doctrina de servidumbre y de tiranía también.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S